

## La ciudad de los prodigios

PEDRO FERNAUD

El eje Madrid-Barcelona, que vertebraba a España más dinámica, ha sido siempre asimétrico y conflictivo, deteriorado por una extemporánea aunque persistente rivalidad entre las dos grandes ciudades. Hasta los futbolistas extranjeros lo perciben. Laudrup acaba de declarar que la rivalidad entre el Madrid y el Barcelona excede lo deportivo para internarse en el pantanoso campo político.

Estos días pasados he releído la novela «La ciudad de los prodigios», de Eduardo Mendoza. Allí me he encontrado con citas tan significativas como: «También influía en la opinión pública un factor importantísimo: que la primera Exposición Universal

que se celebraba en España fuese en Barcelona y no en Madrid». «Con Madrid acabaremos a palos, pero sin Madrid no iremos a ninguna parte». «Hay que pactar con Madrid, será una humillación, pero la causa bien lo merece».

Estas apreciaciones referidas a la Barcelona entre las Exposiciones Universales de 1888 y 1929 guardan su plena actualidad en la Barcelona de la Olimpiada y en la España de ahora mismo, la del controvertido pacto de gobierno entre PSOE y CiU. Los novelistas suelen captar mejor la vida abierta y oculta de las ciudades que los tecnocráticos discursos político económicos.

«La ciudad de los prodigios» transcurre en la Barcelona entre

las Exposiciones Universales de 1888 y 1929. El hilo conductor es un ex revolucionario de origen campesino que acaba convertido en rico industrial barcelonés y fuerza viva de la ciudad. Al hilo de las peripecias de Onofre Bouvila, Mendoza narra con amenidad y precisión sociológica la historia de Barcelona durante aquel período crucial de la capital catalana. Mendoza prepara una nueva novela sobre Barcelona situada en la posguerra hasta el Congreso Eucarístico de 1952.

Sería apasionante una versión novelada de la Barcelona pujolista, con sus Javier de la Rosa, Planas de Munt, Maciá Alavedra, Cullerell... Nadie mejor que Eduardo Mendoza para ese prodigioso empeño.

## Quesada



## Entre paréntesis

### El Rolex

LUIS MEANA

Al emperador Akihito le perdieron, en Iberia, el Toisón de Oro. Al señor De la Rosa le quitaron en el trullo Rolex, pluma y pulsera. Para efectos, como si le hubieran dejado en pelota picada. Lo de la pluma no tiene mayor importancia, pues para lo único que les vale a estos señores ese adminículo es para darle a entender al mundo que disponen de firma, precisamente por eso suelen tenerla de oro. La pulsera, por su parte, ya demuestra que este hombre, siendo rico por familia, lleva en su sociología o en su genética un virus hortera, pues la pulsera viene a ser como el collar de oro que alguien le pone a su perro para dejar ver de quién es verdaderamente la cadena. El Rolex, por el contrario, es mucho más que todo eso, es el gran símbolo del «cash» financiero. Devaluado el coche como signo externo de poder y riqueza, el Rolex es el eslabón perdido en la evolución biológica de la especie en su apresurado paso del Jaguar al yate. El Rolex es el falo de los reyes del mambo y del dinero, el pedrusco de diamante de aquéllos que viven flotando en orgías de champán y ostentaciones. Ahora el juez le ha quitado a De la Rosa el Rolex lo mismo que los sumarísimos tribunales militares le arrancan a los generales los galones: ritualizando un acto de vejación, de

degradación y de desprecio. Le han quitado el Rolex, placa de Sheriff, chapa de identificación y de pertenencia a la policía montada del dinero, como si, por eso, le hubieran quitado toda la honra y todo el dinero que tenía. Quitándole ese Rolex, la buena sociedad le ha querido dejar sin credencial y sin chapa, le ha marcado simbólicamente la pérdida de protección de la casta. Al quitarle el Rolex, la ley, siempre celosa, ha querido marcar que no hay más dios que ella: se trata de decapitar a quien se las daba de cabecilla, de circuncidar a quien se las daba de incircunciso. Pero el chico, que es astuto, les ha soltado el Rolex como quien suelta, en el arte de la

Ya es sólo el símbolo de la ostentación pretenciosa

pesca, carrete y cuerda. Ya tienen el Rolex del hombre/nombre de la rosa, pero no tienen nada. Como mucho, una chapa muy bien chapada en un baño inútil de oro. Y es que el Rolex, árbitro quizás un día de ciertas elegancias, ya es sólo el símbolo de la ostentación pretenciosa, del volumen del dinero, del «cash» rápido y salvaje. Es el pedrusco hortera que indica el «reprise» a la hora de dar el pelotazo, las superastucia financiera a la hora de olisquear el gran golpe. El Rolex de De la Rosa, o la credencial de cómo dar el golpe a lo bestia y dejar ante Dios y ante la ley sólo ese pelo de oro en la gatera.

## Carta a Consuelo Marcos Vallaure

LUIS ARIAS ARGÜELLES-MERES



Antes de que Saddam arrojase al mundo aquello tan repetido de «la madre de todas las batallas», ya ejercía usted en nuestra ciudad con vocación de madre de todos los carbayones. Había irrumpido en la escena política vetustense en los mejores tiempos del CDS y estaba destinada a poner orden en nuestra excelentísima Casa Consistorial. Todo indicaba que tendría la llave de la cerradura para las mayorías y de usted dependería la abertura de la bisagra que franquease el paso a quien quisiese gobernar los destinos y desatinos de la muy noble ciudad.

La foto de familia era enternecedora. Usted tenía que poner orden entre aquellos dos

rapazones, entre don Gabino y don Antonio, para que la familia política vetustense funcionase como Dios manda. No le quedaba más remedio que hacer de madre sensata.

Y, a juzgar por sus declaraciones, cuando tenía que reprenderlos, lo hacía maternalmente. Sus primeros años en el Ayuntamiento fueron dorados. Fue una encomiable y maternal ama de llaves para la gobernabilidad carbayona.

Pero, en su caso, parece cumplirse fatalmente aquello de que «nunca segundas partes fueron buenas», porque este ingeniero, desde que manda, actúa sin prestarle a usted la atención debida. Don Gabino no sólo le saca canas, sino que además la pone a usted coraju-

da. Usted se irrita constantemente con tanto despecho, con tanto desplante y con tanto personalismo. Se siente traicionada y, como dirían en mi pueblo, está que la llevan los demonios.

Sé que es duro verse así y que además las expectativas para su partido no son muy esperanzadoras. Sé también que ha derramado ya ingentes cantidades de paciencia y que apenas le quedarán reservas. Pero me atrevería a pedirle que no se desanime del todo.

Me permito recordarle lo que dejó escrito en un libro un muchachote griego que se llamaba Platón. El *Diálogo* se titulaba *Gorgias*, y en él sentenciaba Sócrates que prefería ser víctima de una injusticia antes que cometerla. La frasecita en cues-

ción no está nada mal como declaración de principios, créame.

Corren malos tiempos para ejercer de madre, doña Consuelo. Este ingeniero se ha marcado una línea de actuación y no hay quien lo baje de la burra. Y, además, su imagen ante la ciudadanía no atraviesa un mal momento. No quiere sus consejos, y, por razones que a mí se me escapan, usted le resulta incómoda. Es un hombre «destetado» de lo que algún listillo llamaría «la cultura del acuerdo». Va a lo suyo y le sobra con estar de acuerdo consigo mismo. Ya veremos en qué da y en qué queda su personalísima conducta, cuyo estilo chusquero no es digno de alabanza por mi parte. Pero eso es otra cosa.

El destino es cruel, señora Marcos Vallaure. Se estrenó usted en la vida pública como madre y consuelo de los vetustenses, y este rapazón la ha dejado desconsolada, la ha machacado con una interminable serie de disgustos.

Le queda poco más que el derecho al pataleo, que el envío de notas a la prensa quejándose de tanta afrenta. Y encima sospecha que se está quedando sola ante el peligro, porque las protestas de los socialistas desde que don Antonio se ha desmarcado un tanto y un cuanto de su grupo, salvo honrosas excepciones, no tienen mayor incidencia.

Está usted sola con sus quejas. Y eso no es justo, doña Consuelo, no lo es.